

La espiritualidad teológica del *Diario Intimo*

Toda vida humana suele pasar por momentos de crisis. Unamuno no fue una excepción. Lo insólito en este caso es que tenemos un vivo testimonio de la misma en su *Diario Intimo*... En él se nos revela un Unamuno muy otro del que conocemos por las obras que publicó antes y después de su retiro de Alcalá en dicha fecha de 1897.¹

Existe una profunda espiritualidad en el *Diario Intimo* de Unamuno que articula sus pensamientos abstractos.² El lenguaje religioso de Unamuno en su «Diario» adquiere características peculiares cuando integra en él afirmaciones agnósticas, estrechamente próximas a ideas ateístas, con otras declaradamente religiosas. Esta complementación entre una razón «lógica» con formulaciones «creyentes» produce un interesante vocabulario en Unamuno que responde a la intensidad de sus experiencias vitales.

Las angustias, el desasosiego, las meditaciones teológicas, las vicisitudes de la razón, el ansia de Dios constituyen un marco espiritual importante para percibir en la escritura del «Diario» la búsqueda de un sentido religioso que acredite las experiencias de Unamuno. Especialmente si tenemos en cuenta que el autor evita una «huida al silencio», como lo haría la mística oriental, cuando reflexiona y escribe acerca de vivencias límites, como la nada, el infierno, el libre albedrío, la caridad, la salvación, procurando de un modo prácticamente permanente señalar a través de la palabra la importancia de la fe y el Misterio. Sobre todo si tenemos en cuenta la gran densidad humana, filosófica y espiritual que tienen la idea y el poder de la palabra en su obra.³ Sin embargo no podemos dejar de observar el típico problema del lenguaje religioso que surge en Unamuno, y en cualquier autor que formule este vocabulario, al constatar que lo religioso «y las religiones consisten en relacionarnos con una realidad totalmente diferente de 'este mundo'»⁴ (paradigma que en cierto modo Unamuno observa impotente en su «Diario» mundo'⁴ (paradigma que en cierto modo Unamuno observa impotente en su «Diario» sospechando las deficiencias de sus propias formulaciones). El sentimiento religioso de Unamuno en el «Diario» permanece anclado, no siempre, en preocupaciones escatológicas, es decir sobre el más allá y la ultratumba, sometiéndose el futuro posmortal de Unamuno a reflexiones escépticas, propias de un filósofo que vacila incorporar la teolo-

¹ Enrique Rivera de Ventosa, Unamuno y Dios. Ediciones Encuentro, Madrid, 1985, p. 113.

² Miguel de Unamuno, Diario Intimo. Escelicer, Madrid, 1970, 412 pp.

³ José Ferrater Mora, Unamuno. Bosquejo de una filosofía. Alianza, Madrid, 1985.

⁴ Carlos Comas, Mito y fe cristiana. Ensayo de aplicación de los trabajos de epistemología de la religión de Mariano Corbí a un problema actual del Cristianismo. Instituto Científico Interdisciplinar, Barcelona, 1983, p. 53.

gía y la religión en una forma de pensar —la suya— donde no es privilegiada la sacralización de la fe. Desde aquí, es decir de la ausencia de certezas que produce su razón ante Aquello en que cree, el lamento de Unamuno en ciertas páginas del «Diario» por su incapacidad para la piedad y la oración, demandando su vida una conversión, una sencillez y una modestia (fruto de la «humildad» del logos unamuniano que percibe límites ante el conocimiento religioso) que el *Diario Intimo* considera propias de un genuino espíritu evangélico.

Los apuntes en el «Diario» de Unamuno reflejan de este modo serias preocupaciones religiosas que intentan ser resueltas gracias a experiencias de la vida y no simplemente por la pura razón. De aquí la filosofía de Unamuno destinada al «hombre de carne y hueso». Sin embargo esta espiritualidad quiere encontrarla Unamuno en partes de su «Diario» en meditaciones discursivas mariológicas y también cristológicas, es decir no abandonando del todo a las palabras, aunque intuyendo el propio Unamuno que, por ejemplo, una vez hablando sobre el alma se desconoce el alma; que especulando sobre la nada, se desconoce la nada, pues en realidad pueden ser conocidas experimentándolas. Sobre todo si tenemos en cuenta los estatutos de conocimiento existentes en la razón crítica («lógica») y en la creencia religiosa («cardíaca») en Unamuno según piensa Rivera de Ventosa.⁵ En este sentido, en el camino espiritual evocado en el *Diario Intimo*, integrado por emociones, recuerdos, religiosidad y sentimientos, es posible observar, a medida que razona, los intentos que hace la razón discursiva de Unamuno por negarse a sí misma con el fin de que impere en su propia vida el Espíritu, expresado en densas experiencias humanas, sospechando que El puede ser conocido plenamente sin posturas argumentativas. Esta perspectiva puede permitir comprender la preocupación de Unamuno en el *Diario Intimo* por alcanzar un comportamiento «bueno» y una «pureza» que bañe la totalidad de su vida.

El intento existencial en el «Diario» por encontrar y consolidar un sendero en la vida que ofrezca características religiosas para respirar un clima espiritual propio de un hombre en contacto con Dios y, simultáneamente, la vacilación de las afirmaciones religiosas de Unamuno una vez formuladas, son instancias en el lenguaje unamuniano particularmente contrastantes en el *Diario Intimo*. Las tentativas por racionalizar la fe, por teorizar la vida y por abstraer los sentimientos con el fin de «conocer» a Dios, desplazan las posturas inicialmente teístas de Unamuno hacia un terreno propio de una religión sin revelación (deísmo) quedando reducida muchas veces las formulaciones intelectuales del pensador vasco en «teologúmenos», carentes de la sabia mística propia de una filosofía sapiencial.

En el *Diario Intimo*, por otra parte, parece que ocasionalmente se busca un «reposo» espiritual al desasosiego que provoca en Unamuno su razón. La imagen de Dios que emerge gracias a ella resulta en algunas páginas estático y apático, ocioso y sin compromisos con el hombre, salvo cuando Unamuno Lo siente (lo quiere sentir) consolador y reconfortante cuando en El encuentra la paz una vez resuelta la soberbia, el orgullo y el sufrimiento especulados a lo largo del *Diario Intimo*. Especialmente observando

⁵ Enrique Rivera de Ventosa, ob. cit., p. 204.

el autor que es la persona del Hijo la que es capaz de promover en la interioridad espiritual del hombre un camino adecuado hacia Dios Padre. En otras páginas del «Diario» deducimos que el motor inmóvil aristotélico es criticado por Unamuno, tal como lo encontramos formulado en el *Sentimiento trágico de la vida*: «El Dios lógico, racional, el *ens summum*, el *primum movens*, el Ser Supremo de la filosofía teológica, aquél a que se llega por los tres famosos caminos de negación, eminencia y causalidad, *viae negationis, eminentiae, causalitatis* no es más que una idea de Dios, algo muerto. Las tradicionales y tantas veces debatidas pruebas de su existencia no son, en el fondo, sino un intento vano de determinar su esencia; porque como hacía muy bien notar Vinet, la existencia se saca de la esencia; y decir que Dios existe, sin decir qué es Dios y cómo es, equivale a no decir nada.»⁶

Cierta preocupación metafísica por distinguir a Dios de Cristo conduce a Unamuno de un modo platónico a separar espíritu de materia, pero integrando estas dos naturalezas cuando percibe posible andar un camino religioso fundado en experiencias humanas como el amor, el cariño, la ternura que facilitan comprender (y vivir) la santidad y la oración. Esto conduce al hombre, según Unamuno, a un encuentro fundante con los demás pues en el *Diario Intimo* es posible observar un ámbito antropológico donde, gracias a la oración y la eucaristía, descansa cierto sentido comunitario en la vida religiosa de los hombres. La espiritualidad que permite este fondo religioso brota de reflexiones en torno al afán de inmortalidad y pervivencia de Unamuno, especialmente preocupado cuando medita sobre la muerte y la nada.

Opuestas a la esperanza y a la salvación, el sinsentido y la desaparición física son dos aspectos vitales y filosóficos característicos que interpelan a Unamuno en su *Diario Intimo* pues dentro de la vida espiritual evocada por él son cuestiones que «amenazan» una posible «integración» con Su divinidad, fruto de la constante búsqueda de una inmortalidad (acreditada por el proceso —discutible por investigadores— que sufre la reflexión panteísta unamuniana). De este modo, el alma, principio motor indispensable para la mística, se integra en Unamuno gracias a ideas y emociones de características teocéntricas, alterando ellas positivamente a la existencia humana una vez que ese alma despeja todo aquello que es finitud y mundanidad.

La razón resulta efímera y la corporalidad caduca. Una vida orientada a Dios merece ser vivida, pero Unamuno parece decir ¿qué hago con mi razón a medida que experimento una vida espiritual?, ¿cómo distingo razón de fe?, ¿es posible que mis pensamientos sobre la divinidad reduzcan Su presencia en mí cuando Ella es pensada? Si bien es cierto que entremedio de estas preguntas late la típica cuestión escolástica, siempre importante para la teología contemporánea relativa a la «fe que creo» (*Fides quae*) y a la «fe con que creo» (*Fides qua*), no hay que ignorar que es el *Deus absconditus* el que interpela los sentimientos de Unamuno en extensas páginas del *Diario Intimo*.

La abundancia de citas bíblicas en el «Diario» ponen de relieve la preocupación unamuniana por el Espíritu que se desprende del Evangelio, procurando el autor vincular (y explicarse) determinadas experiencias de su vida gracias a la pneumatología cristiana.

⁶ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*. Planeta-Agostini, Barcelona, 1985, p. 156.

Evocando a San Pablo y a San Agustín, la reflexión de Unamuno sobre la piedad o la muerte queda «interrumpida» cuando se incorporan en esa meditación especulaciones (y dudas) materialistas acerca del destino humano o posturas kantianas que cancelan su preocupación por el dogma y la fe teológica. En este sentido el «yo» psicológico de Unamuno a lo largo del «Diario» se funda no tanto en experiencias que vive en cuanto persona, como en *ideas* que quieren discernir tales experiencias.

Las características meditativas de Unamuno son llamativas. Introducido con dudas a lo largo del *Diario Intimo* en cuestiones sobre la existencia de Dios, la muerte, la fe y la inmortalidad, son las posturas contemplativas de Unamuno, una vez escritas, las que permiten obtener cierta respuesta, obteniendo «tranquilidad» sobre esas cuestiones. Gracias en cierto modo a las características numinosas propias en toda contemplación con pretensiones religiosas. Esto permite a Unamuno, en cierto modo desconsolado, intentar creer sin fe, especulando de una manera fragmentaria en el «Diario» la búsqueda de un Dios distinto «al de los filósofos». Evitando confundir la fe como un mero apetito y a Dios como una pura construcción intelectual propia de nuestros intereses emocionales, psicológicos, intelectuales, la espiritualidad religiosa de Unamuno en algunas partes del «Diario» parece que se apoya (y alcanza) en una nada y un vacío «nirvánico» fruto en cierta medida de una razón agotada («agónica») por las contradicciones entre sus formulaciones y experiencias agnósticas, escépticas, ateas y creyentes a raíz del problema «Dios» (San Anselmo en este sentido dice en el *Proslogion* que «Dios es mayor que todo lo pensable»). Esta vicisitud intelectual que perfila cierto nihilismo religioso conduce a Unamuno a reprochar su «voísmo» y su «enmismamiento» que permiten según él, pero sin la gracia divina, meditar (y exactamente por esto para él no tiene especial consistencia esta meditación) en torno a Dios, Cristo o el alma. Principio vital éste, pero evitando sus resonancias helenísticas, en la espiritualidad (de Unamuno) que se impone ante el cuerpo (*soma*) y la mente (*psique*) en la vida (*zoé*) de todo hombre, como diría el propio autor siguiendo la antropología paulina.

Preocupado de las enseñanzas de Jesús —por la abundancia de versículos evangélicos en el «Diario»— buscando Unamuno en ellas alguna respuesta vivencial que despeje la incertidumbre de sus formulaciones referidas a la religión, la Biblia resulta para él un paradigma religioso importante, extensivo a todos los hombres, para comprender sucesos de la existencia. Existen de este modo en el ámbito espiritual de la persona ideas y razones, ascética y mística, nos dice Unamuno a través del «Diario», que de hecho pueden responder con sentido al Silencio de Dios: «No debemos pedir revelación directa, ni esperar una señal especial para nosotros ni que en secreto nos hable Nuestro Señor. Alguna vez se pide con ansia al Señor que nos hable, que nos revele su verdad, que nos dé directamente su doctrina, en vez de pedirle fe. La fe es la prueba de la verdad de lo creído. Sólo la verdad puede imponerse con tal evidencia. No hay doctrina esotérica ni secreta, ni misterios que se nos revelen interiormente. Debemos interrogar al Evangelio y aceptar con sencillez sus enseñanzas, buscando con la frecuente oración su espíritu, el que vivifica y no el mero sentido de la letra, su verdad, y no su razón.»⁷

⁷ Miguel de Unamuno, *Diario Intimo*, p. 63-64.

Esta verdad carente de «razón» es escrutada a través del Tiempo silencioso del Padre:

El tiempo vuelve sobre Ti en su seno
 el ayer, el mañana en uno cuájanse,
 y el principio y el fin fúndense en uno.
 (Cristo de Velázquez)

.....
 Méteme, Padre eterno, en tu pecho,
 misterioso hogar,
 dormiré allí, pues vengo deshecho
 del duro bregar.
 (Salmo III)

Los sentimientos que brotan cuando es buscado el Silencio permiten el nacimiento de pensamientos umbrátiles. Surge desde El una fe que se agota una vez formulado el lenguaje. Sin embargo en Unamuno el Misterio presupone un logos que distingue Nada de Silencio, permitiendo que de éste emerja el deseo y alcance Lo eterno: «La fe es la prontitud por entrar confiadamente en la oscuridad del futuro» (Lutero).

Mario Boero



Retrato de clérigo. Dibujo de Unamuno, 1891